



EL BARCO
DE VAPOR

Cómo arreglar un libro mojado

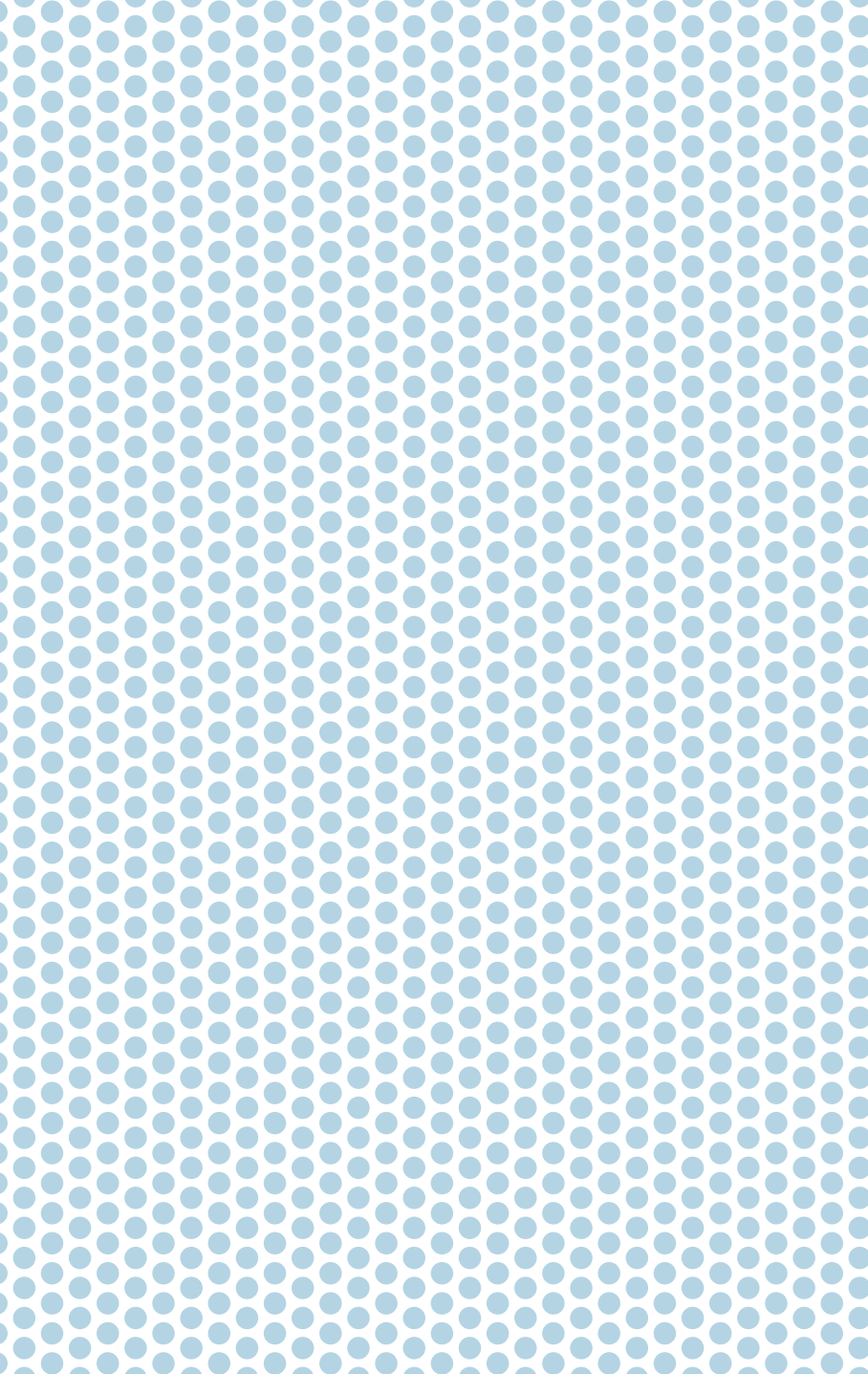
Roberto Aliaga

Ilustraciones
de Clara Soriano



PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR

sm





EL BARCO
DE VAPOR

Cómo arreglar un libro mojado

Roberto Aliaga

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 2017

Ilustraciones de Clara Soriano



Primera edición: abril de 2017

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Marta Mesa

© del texto: Roberto Aliaga, 2017
© de las ilustraciones: Clara Soriano, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9195-8
Depósito legal: M-693-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Aroa e Iván.
Y para María Encarna,
veinte años escribiendo juntos
las páginas de nuestro diario.*



Cómo arreglar un libro mojado

Iniciado por [@victor2006](#) el 13 de mayo a las 21:36 h

1 comentario

 Seguir este tema

Hola a todos. Soy nuevo en el foro y os quería preguntar una cosa, porque tengo un amigo que tiene un problema. No es que sea un problema muy gordo, de esos que te pueden cambiar la vida de un día para otro; pero para él, ahora mismo, sí que es importante. Mi amigo necesita saber cómo se arregla un libro mojado. Muchas gracias. Espero vuestras respuestas. Adiós.

por [@victor2006](#) el 13 de mayo a las 21:36 h

 Me gusta

Dejar comentario

● 1



AUNQUE NO TE LO CREAS, lo encontré por casualidad.

Recuerdo que era viernes y estaba anoche-ciendo. Ya se habían encendido las farolas y a aquella hora no quedaba casi nadie en el parque. Tan solo la niña de las coletas, esa que nunca le hace caso a su abuela, y nosotros.

Mamá leía un libro. Lucas estaba escuchando música en su coche –un coche de bebé, no vayas a pensarte– y yo... yo me columpiaba con todas mis fuerzas intentando ganar la batalla.

¡Atrás y adelante!

En ese momento, no había nada que me importase más. Ni las notas de clase, ni el cambio climático, ni la paz en el mundo...

¡Atrás y adelante!

Todo mi ser estaba concentrado en la grandiosa tarea de derrotar por primera vez a la niña

de las coletas. Las cadenas del columpio se me clavaban en las palmas de las manos y hasta me hacía daño al morderme los labios, pero no podía consentir que aquella mocosa desobediente volviera a ganarme.

Y el caso es que ya me llevaba algo de ventaja, porque, como estaba muy delgada, su columpio subía más que el mío. No mucho. A lo mejor un metro. Y si daba la sensación de que me ganaba por más, era solo porque en cada ascenso ella adelantaba la cabeza así, estirando el cuello como los caballos de carreras cuando se acercan a la línea de meta.

¡Atrás y adelante!

Entonces, he de reconocerlo, jugué un poco sucio.

El fin justifica los medios.

No suelo hacerlo casi nunca, de verdad. Pero es que solo de pensar en que iba a tener que aguantar otra vez sus carcajadas orgullosas, de caballo vencedor, me ponía enfermo. Porque ella no se limitaba a ganarme, no. Encima se chuleaba todo el rato y, con su voz desagradable, se ponía a decir frases tontas del tipo: «Chincha, rabiña, que tengo una piña con muchos piñones y tú no los comes».

En serio, era insoportable.

Por eso no me avergüenza decirlo alto y claro: «Hola, me llamo Víctor y aquel día jugué sucio».

Cuando ella ya se creía la ganadora de la competición de columpios, cuando su sonrisa caballuna se iba ensanchando poco a poco y estaba a punto de soltar el primer relincho, yo me adelanté y di un grito.

¡AAAAAAH!

O a lo mejor fue un alarido.

Ahora mismo no sé qué palabra lo define mejor, porque sonó bastante; pero Lucas y mamá ni se enteraron. No fue tan fuerte como para interrumpir el concierto de Mozart del primero o conseguir sacar de la lectura a la segunda (aunque lo cierto es que eso muy pocas cosas lo consiguen).

Entonces, la niña de las coletas se me quedó mirando, sorprendida, con la boca abierta. Igual que los villanos de las películas cuando descubren que el héroe acaba de sacarse de la manga un arma secreta supermortífera en el último segundo. Así fue. No se lo esperaba.

Yo había intentado disfrazar mi grito. Quería que pareciera un grito involuntario, de esos que te salen de dentro por el enorme esfuerzo que estás haciendo. Como los de los tenistas.

Pero no coló. La niña de las coletas es lista, y enseguida se dio cuenta de cuál era mi verdadera intención.

–¡Venga, hijita, vámonos ya, que es muy tarde! ¡Baja ahora mismo del trapecio! –exclamó doña Vicenta, su abuela, que siempre llama trapecios a los columpios porque cuando era joven (debe de hacer la tira de años) trabajó en un circo.

¡Bingo!

Mi alarido había conseguido despertarla de su siestecita y así fastidiar a la mocosa que, por supuesto, ahora se pondría a lloriquear y a dar vueltas al parque y a inventarse mil excusas para no volver a casa.



Era una niña de rutinas.

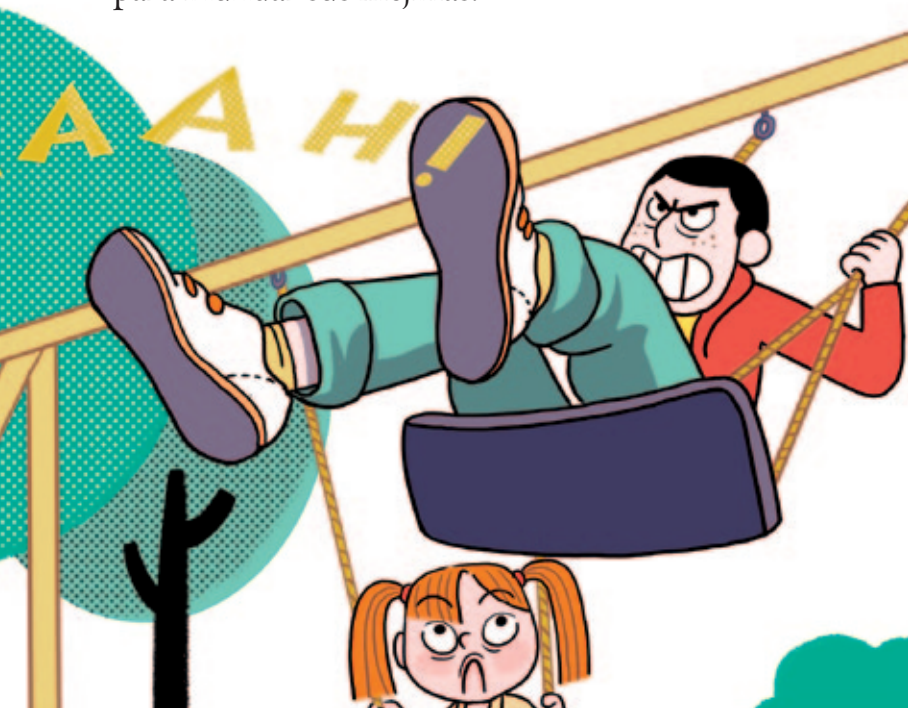
¿Y quién iba a ser el vencedor de aquella batalla?

¿Quién iba a seguir columpiándose victorioso, levantando los pies hacia el cielo oscurecido mientras su contrincante abandonaba la partida y se dejaba caer al suelo?

¿Quién?

Pues nada más y nada menos que...

—¡Tablas! —gritó la mocosa antes de empezar a lloriquear. Y qué bien lo hacía. Era una experta. Hasta me pareció ver que ya tenía un par de lágrimas en la recámara, esperando instrucciones para inundar sus mejillas.



–¿¡Qué dices!? –me quejé–. ¡Si te bajas has perdido!

–¡La has despertado tú, mentecato! ¡He dicho que son tablas y son tablas! ¡Y si te pones chulito se lo digo a mi padre, que es policía y te mete en el calabozo!

Así es ella de contundente.

Está tan consentida que siempre tiene que quedar por encima de todo el mundo, aunque sea con amenazas.

Pero a mí me daba igual lo que dijera. Yo había ganado, y eso era lo único que importaba.

Seguí balanceándome plácidamente. Hacia atrás y hacia adelante. Tomando impulso, estirando los pies en cada subida. Nada ni nadie iba a empañar ese momento de placer.

Me sentía vencedor, y era una sensación bastante chula a la que no estaba acostumbrado, para qué vamos a engañarnos.

Hacia atrás y hacia adelante, tan arriba que casi podía tocar la luna con mis zapatillas de deporte; o darle una patada, si se me antojaba, mientras disfrutaba de aquel agradable cosquilleo en la barriga...

¡¡¡Noooo!!!

De repente, sentí que se me había escapado una gota de pis.

No te rías. Seguro que a ti también te ha pasado alguna vez.

Con la emoción del combate, ni me había dado cuenta de que tenía la vejiga tan llena. Casi a punto de explotar. No había ido al baño en toda la tarde. Y entre el zumo, las dos o tres veces que había bebido agua de la fuente para refrescarme y las subidas del columpio... Pues eso.

Eché los pies al suelo rápidamente y me frené con las suelas de las zapatillas, levantando una nube de polvo. Ese sonido fue muchísimo más leve que mi grito de antes y, sin embargo, sí que consiguió sacar a mamá de las páginas de su libro. Tiene una obsesión especial con que no me rompa el calzado, y cualquier cosa que tenga que ver con eso le hace saltar una alarma en el cerebro. Lo tengo comprobado.

–¡Víctor! ¡Las deportivas!

¿Lo ves?

–¡Y vámonos ya, que es muy tarde! –dijo. Qué poco original. Había utilizado casi las mismas palabras que doña Vicenta–. ¡Venga! ¡Despídetes de tu amiguita!

¿Cómo? ¿Que me despidiera de quién?

¡Mi propia madre acababa de decir que la mocosa era mi... mi... «amiguita»!

Qué vergüenza. ¡Pero si solo iba a cuarto! ¡Si era mucho más pequeña que yo! ¡Y también era una llorica! ¡Y una entrometida! ¡Y una...!

Menos mal que ya no quedaba nadie en el parque, porque comentarios de este tipo eran los que menos necesitaba mi popularidad para seguir pasando inadvertida.

*NOTA MENTAL:

Hablar seriamente con mamá y explicarle que si nos columpiamos juntos no es porque seamos amigos. Al contrario: ¡Somos rivales! ¡Contrincantes! ¡Enemigos! ¡Adversarios!

Después hablaría con ella, porque ahora no podía. Tenía que solucionar con urgencia otros asuntos.

Me miré la bragueta para ver si el pis había traspasado las dos barreras de contención. Solo faltaba eso: que en una de sus idas y venidas por el parque, corriendo delante de su abuela, la mocosa (que no era mi amiga, repito, por si no te ha quedado lo suficientemente claro) me viera con los pantalones mojados.

Pero no. Estaban secos. Menos mal. Y cada segundo contaba. ¡No había tiempo que perder!

Me dirigí lo más rápido que pude hasta el rincón de los toboganes y allí, junto a los setos, me bajé la cremallera a toda prisa y casi ni me dio tiempo a bajarme los calzoncillos. El chorro de pis salió disparado como la manguera de un bombero sin bombero. O como cuando inflas un globo y se te escapa antes de hacer el nudo.

¡PSSSS!

Qué alivio...

Aunque no duró mucho, porque enseguida me di cuenta de que algo no iba bien.

Sí. Creo que fue por el sonido.

Después de hacer pis, me agaché a inspeccionar a la luz de las farolas, y en ese preciso instante fue cuando me lo encontré.

Allí, en el suelo, escondido entre los setos del parque, había un libro.

Un libro de color mostaza.

Un libro sobre el que yo –como los perros hacen con las esquinas, y con las ruedas de los coches, y con las farolas, y con las papeleras...– acababa de hacer pis.

¡Si se enteraba mamá, era niño muerto!

¿Te he dicho ya que es bibliotecaria?



Cómo arreglar un libro mojado

Iniciado por [@victor2006](#) el 13 de mayo a las 21:36 h

4 comentarios

 Seguir este tema

No, [@LadyVikinga](#), no se ha caído a la bañera. Solo se ha mojado la cubierta, que es de tela. Y tampoco se ha mojado de agua ni de fanta de naranja. A mi amigo le da mucha vergüenza, porque no lo hizo adrede, pero el libro está mojado de pis. ¡Y suelta una peste...!

por [@victor2006](#) el 13 de mayo a las 21:48 h

 Me gusta

Dejar comentario

● 2



AL LLEGAR A CASA, me metí corriendo en el cuarto de baño, eché el cerrojo y me levanté la camiseta frente al espejo del lavabo.

Llevaba el libro sujeto por la cinturilla del pantalón. Me lo había escondido ahí para que mamá no lo viera. Pero cuando intenté sacarlo, no pude. El libro se había pegado a mi tripa como una sanguijuela. ¡Qué asco! Una enorme sanguijuela cuadrada de color mostaza que apestaba a pis de gato.

¡Miauuu!

A lo mejor estás pensando que no debí llevármelo a casa. Y, en parte, puede que tengas razón.

Yo también lo pensé al día siguiente. Pero, en mi defensa, tengo que decir que en los momentos de estrés uno suele hacer lo primero que se le pasa por la cabeza.

Mi madre es bibliotecaria, ya lo sabes. Bibliotecaria en la biblioteca pública y lectora compulsiva en casa. Y cuando uno vive en un piso con las paredes forradas de libros desde el suelo hasta el techo, en fin, digamos que tiene una percepción ligeramente distinta de algunas cosas.

Por eso, antes de pensar que lo que hice estuvo mal, tendrías que ponerte en mi pellejo. Empatía se llama. Con acento en la i. El diccionario dice:

empatía

A partir del gr. *ἐμπάθεια* *emprátheia*.

1. f. Sentimiento de identificación con algo o alguien.
2. f. Capacidad de identificarse con alguien y compartir sus sentimientos.

Pues eso.

Y en aquel momento, frente al espejo, mi sentimiento era de culpa.

Cualquier jurado popular –con piedad o sin ella– me habría metido de cabeza en una cárcel para niños delincuentes. No era para menos. Había manchado de pis aquello que en mi mundo era lo más sagrado: un libro.

Resultaba bochornoso. Lo peor de lo peor.

Si mamá llegaba a enterarse, no me lo perdonaría en la vida. Tú no la conoces. Su reacción po-

dría ser imprevisible. ¿Y si le daba por ponerme pañales como a Lucas para que no volviera a hacerlo nunca más? ¡Los pantalones me apretarían en el culo y sería el hazmerreír del colegio!

Por eso cogí el libro y me lo guardé bajo la camiseta.

Por eso fui unos pasos por delante de mamá y de Lucas y me encerré en el baño nada más llegar a casa, para limpiar aquel libro cuanto antes y luego poder devolverlo a su escondite al día siguiente, como si nada hubiera ocurrido. Ese era el plan.

¡Y, en teoría, era un plan perfecto!

Pero no tengo suerte. Nunca la he tenido.

Por desgracia, siempre me surgen montones y montones de imprevistos en todo lo que planifico. No sé cómo lo hago.

El primero de ellos fue el imprevisto sanguijuela.

No creo que la culpa fuera de mi barriga. Yo tengo una barriga estándar, con su ombligo, sus redondeces y esas cosas. No es ni gorda ni flaca. Pero el caso es que de alguna manera se había convertido en una barriga ventosa. Por más que me esforzaba, era imposible despegar el libro.

Probé a tirar de él con las dos manos.

Intenté despegarlo por una de las esquinas.

Y luego, por las otras tres.

Nada.

El libro no se movía ni un milímetro.

A lo mejor fue porque estaba sudando a chorros, a causa de los nervios, y al mezclarse el sudor con el pis se había producido una reacción química que dio lugar a cianoacrilato, el compuesto del pegamento fuerte, ese que te pega los dedos si no tienes cuidado y ya te quedas así para siempre. No me preguntes por qué, pero me gusta leer la composición de las cosas: del pegamento, del champú anticaspa, de la mortadela con aceitunas... ¿Tú no lo haces? Pues muy mal, porque así te habrías enterado de que el colorante de la mortadela lo sacan de las cochinillas (más conocidas por su nombre en clave: E-120).

La situación se complicaba por momentos, y yo me estaba poniendo cada vez más nervioso, así que apoyé las manos sobre el lavabo, me miré a los ojos en el espejo y tomé aire un par de veces.

Inspira, espira.

Dicen que funciona.

Inspira, espira.

Se supone que te llega más oxígeno al cerebro y las neuronas se ventilan, se airean y se oxigenan,

y de repente se te ocurre una solución casi sin darte cuenta. Como lo del anillo. Porque fue en ese momento cuando me acordé del anillo de la abuela. Lo tenía en el dedo anular de la mano derecha. Allí llevaba muchísimos años, sin decir ni pío. Pero, un buen día, a la abuela le dio por quitárselo, y no hubo manera.

Yo fui corriendo a buscar en internet el número de teléfono de los bomberos, porque todo el mundo sabe que los bomberos tienen sierras especiales para cortar anillos (y dedos) (y dedos con anillos), pero no hizo falta. Mamá cogió gel de baño, le pringó bien la mano a la abuela, y el anillo salió como por arte de magia.

Así que, más o menos, eso fue lo que hice yo.

Me senté en la bañera, destapé el gel de frutas del bosque y, mientras con una mano intentaba despegar el libro de mi barriga, con la otra iba echando chorritos de gel por la parte de arriba.

Fue un trabajo de precisión. Gasté casi medio bote, pero al final conseguí que el libro se separara de mi barriga. ¡Y sin manchar las páginas!

Luego, intenté limpiarlo todo –mi barriga y el libro– con una enorme bola de papel higiénico. Pero tengo que confesarte que no fue una buena



idea. El papel se fue despedazando y todo el suelo se llenó de pelotillas de papel con gel de baño. Así que decidí sustituirlo por la toalla del lavabo.

Con ella volví a secar mi barriga, por arriba y por abajo, y el libro, por delante y por detrás.

Me pasé al menos cinco minutos restregando para eliminar los restos de jabón. Hasta me dolían los dedos de tanto frotar. Pero, aun así, la tela de la cubierta seguía estando un poco pringosa.

Eso sí, oler, olía de maravilla. A frutas del bosque.

Acerqué la nariz y me llené los pulmones con el aroma que desprendía, a frambuesas, moras y arándanos. Al menos había solucionado una parte del problema. Le di la vuelta al libro y volví a inspirar profundamente...

¡Miauuu!

¡Qué asco! ¡Casi vomito!

Aunque lo había limpiado con la toalla, por el otro lado apestaba a pis de gato.

¡Y mi paciencia se estaba agotando!

Me miré a los ojos en el espejo del lavabo con cara de desafío. A ver, ¿qué más me podía pasar?

¡Toc, toc, toc!

Del susto, el libro se me cayó al suelo.

No, por favor. Ahora no.

–¡Víctor! ¿Estás ahí? –preguntó mamá desde el otro lado de la puerta–. ¿O te has colado por el váter? ¡Ábreme, anda, que necesito entrar!

Estarás pensando que en ese instante me puse como un loco a recoger el baño, a limpiar las pe-
lotillas de papel higiénico que había por el suelo, a esconder la toalla en el cesto de la ropa sucia, a ponerme la camiseta aunque fuera del revés...

Falso.

En el minuto que siguió al *toc, toc, toc* de la puerta no moví ni un solo músculo de mi cuerpo. Permanecí como una estatua, de rodillas frente al libro mostaza.

El libro que no era un libro.

Hasta entonces no me había molestado en abrirlo. Qué tonto, ¿verdad? Ni se me había ocurrido.

Pero al caer al suelo se había abierto él solito, a propósito...

... para mostrarme que sus páginas estaban escritas a mano.

¡Porque era un diario!





Cómo arreglar un libro mojado

Iniciado por [@victor2006](#) el 13 de mayo a las 21:36 h

7 comentarios

 Seguir este tema

Hola a todos otra vez, y muchas gracias por vuestros comentarios. A mi amigo le han servido de mucho. Con lo del secador y las toallitas de bebé, el libro ha quedado muy bien. Ya casi no se nota lo que pasó. Ahora solo huele a frutas del bosque.

El caso es que me gustaría preguntaros otra duda que le ha surgido a un vecino mío que no tiene internet y me ha pedido que os lo pregunte a vosotros. ¿Alguien sabe si te pueden meter en la cárcel por robar un diario, aunque haya sido sin querer? ¿Y por leerlo?

por [@victor2006](#) el 13 de mayo a las 22:32 h

 Me gusta

Dejar comentario

